

Sí, lector cristiano, el amor es un fuego que abrasa á los sujetos mas frios, que hace hervir la sangre mas helada, y ejecutar lo que sin él jamas hubieran emprendido. Seriamos demasiado difusos si quisiésemos referir aquí los hechos innumerables, solo del sexo débil, que comprueban esta verdad. Si pues tales efectos produce en los flacos y quebradizos mortales, ¿cuáles serán los que habrá causado en Jesucristo, Dios y Hombre, de poder inmenso? Volvamos los ojos al milagro del amor, que solo puede comprenderlo el que lo obró, al compendio de las maravillas del Señor, al término de la omnipotencia, como le nombra San Agustin, al máximo de todos los milagros, como dice Santo Tomas. Allí, viendo los accidentes de pan, adoramos un cuerpo con todos sus miembros, con toda su sangre y huesos; allí está tambien la alma soberana del Dios Hombre; hay mas: está Dios vivo real y verdadero: está todo en toda la hostia, y todo en cualquiera parte de la hostia. ¡Oh prodigio! ¡Oh pasmo! ¡Oh fuerza invencible de amor; donde acaba todo el ímpetu de amor de las criaturas, allí comienzan los primeros fundamentos del amor de Jesucristo, que á manera de una columna tachonada de brillantes, se levanta hasta la infinidad!

Los amantes nada reservan para manifestar su amor; del mismo modo Jesucristo, deséandonos dar en el Sacramento del altar la última prueba de su amor, llamó en su auxilio todos los tesoros de su infinita grandeza. Por una parte su omnipotencia le facilita los mayores imposibles para verificar los desig- nios de su amor; por otra, su sabiduría sin límites le dicta los modos de poner en práctica cosas que jamas hubieran podido imaginar los querubines mas sábios. Aquí en el Sacramento del altar se descubre el amor, trastornando todas las leyes de la naturaleza, y todos los secretos de la filosofía, violentando á las sustancias creadas para que sean una cosa distinta de lo que han sido, sin dejar de parecer lo que fueron: en fin, se observa que Dios levanta la mano de la Omnipotencia extraordinaria, y hace mas de mil milagros que contiene este sacramento admirable. Pero no hay que maravillarse que use Jesucristo de

tanto poder sobre las criaturas, cuando lo ejercita sobre su misma divinidad, sobre sí mismo: se aniquila en cierto modo, se humilla para ponerse bajo las especies de un poco de pan y un poco de vino. ¡Santo Dios! mi espíritu se llena de un pasmo superior á toda ponderación. Si Dios á nuestro modo de entender se hizo tan pequeño vistiéndose de nuestra carne, mas pequeño parece haciéndose nuestro manjar: en la encarnacion se encogió en cierto modo la Divinidad para encerrarse en un cuerpo tan limitado, aquí se estrechan la divinidad y la humanidad cuanto no es capaz de fingir nuestra imaginacion. De suerte que al ver la hostia venerable en manos del sacerdote, podemos medir á nuestra satisfaccion su altura, su latitud y su profundidad: podemos considerar á todo un Dios en aquellas manos, que nuestro entendimiento no lo puede comprender. Parece que Dios se ha empeñado en aniquilarse delante de nosotros, á fin de arrancar de nuestros corazones altivos aquel orgullo, aquella soberbia que nos estimula á parecer grandes. Veisme aquí, nos dice, reducido por vuestro amor á tanta pequeñez que mi sustancia parece una nada en vuestra presencia. ¡Una hostia que se la puede llevar el aire, una gota de vino, una migaja de pan! ¡Dios Omnipotente! ¡Habrá aun quien dude que vuestro amor ha llegado al último grado, viendo que en este Sacramento habeis hecho las demostraciones mas grandes de vuestra Omnipotencia! Yo te adoro sin comprenderte, ó Dios mio, y te suplico que ese mismo amor que tantas maravillas te ha obligado á hacer por nosotros, se comunique á nuestros corazones, para que podamos agradecer- te cuanto nos sea posible tan grande beneficio.

DOMINGO

INFRAOCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO Y SEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo no es otra cosa que la continuacion de la solemnidad del Santísimo Sacramento, y de la celebridad del triunfo de Jesucristo en la Eucaristía.

El introito de la misa de este dia es del salmo diez y siete, el cual es un cántico de accion de gracias que David dá á Dios por haberlo sacado de tantos peligros, y haberlo puesto bajo su proteccion, con la que no teme ya á sus enemigos y á la que conoce debe todas las victorias que ha conseguido. Nosotros podemos decir que toda nuestra fortaleza está en Jesucristo sacramentado. En la Eucaristía tenemos una barrera que todo el infierno no es capaz de forzar jamas. ¡Qué mas illustre, qué mas segura proteccion que este divino Salvador sobre nuestros altares? La Eucaristía es nuestro apoyo, nuestro consuelo, nuestro refugio, nuestro remedio en todos los peligros de esta vida. Animada de este espíritu la Iglesia, empieza la misa de este dia con el versículo del salmo que explica tan bien los sentimientos vivos y afectuosos de agradecimiento y de amor que deben tener todos los fieles, á imitacion de David, al acordarse de los grandes socorros é infinitos bienes que tenemos en el Santísimo Sacramento. *El Señor se ha hecho*, dice el profeta, *mi protector* de un modo bien particular, haciéndose mi alimento. Ya no me veré apretado de mis enemigos, porque el Señor me ha puesto en un lugar espacioso. Conozco muy bien que quien me ha salvado es el exceso de su amor. El testimonio mas visible de su ternura es la prenda de mi salvacion. Por eso amaré yo á mi Salvador con todo mi corazon, con toda mi alma y todas mis fuerzas. ¡Cómo podré, Dios mio, despues de una tan prodigiosa prueba de vuestro amor, no amaros con todo mi corazon, ó no amaros sino medianamente y con reserva? Yo os amaré, Señor, á vos, que sois toda mi fortaleza. *El Señor es mi apoyo, mi refugio y mi libertador.*

La Eucaristía es el pan de los fuertes, es aquel pan celestial, aquel pan de vida, del cual no era sino figura el que el ángel le llevó á Elías y le dió tanto vigor para continuar su camino. Por eso San Cipriano, escribiendo al papa San Cornelio, decia: "A aquellos á quienes excitamos nosotros y exhortamos á combatir por la fé, no les permitimos que entren en el campo de batalla sin haberse antes fortificado y como arma

do con el cuerpo y sangre de Jesucristo por la comunión."

La epístola de la misa es del capítulo tercero de la primera epístola canónica de San Jan, donde nos dice el apóstol: No os admireis, hermanos míos, que os aborrezca el mundo; si fuérais tan malos como él, no os aborrecería. Mas nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, es decir, que por la misericordia de Dios somos hechos hijos de Dios; y en esta calidad tenemos derecho á la vida eterna, somos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo. El inocente Abel debe en esta parte servirnos de modelo. A la verdad, la predestinacion de cada uno en particular es un secreto que Dios se ha reservado, y sin una revelacion nadie puede penetrar este misterio. Con todo, dice el apóstol, quiero daros una señal de vuestra predestinacion, poco dudosa. Esta señal es el amor y la perfecta caridad que tenemos con nuestros hermanos. Esta es la señal por la que el Salvador quiere que se conozcan sus verdaderos discípulos. Este es el precepto que mas tiene en el corazon. Mi mandamiento particular es el que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado. Acababa de decir San Juan que habíamos pasados de la muerte á la vida por el inestimable beneficio de la redencion; ahora dice que en vano nos lisonjearíamos de esta ventaja, si no amamos á nuestros hermanos como á nosotros mismos: sin esta caridad cristiana se está en un estado de reprobacion. *El que no ama, está en estado de muerte.* En efecto, no ama Dios al que aborrece á sus prójimos. ¡Qué ilusion, qué error, buen Dios, lisonjearse uno que os ama y que os es agradable, cuando alimenta en el corazon un ódio secreto contra su prójimo!

Cualquiera que aborrece á su hermano es homicida; y vosotros sabeis, continúa el apóstol, que ningun homicida tiene en sí la vida eterna. El ódio es un veneno que mata al alma desde el punto que se apodera del corazon. El que aborrece á su hermano se dá á sí mismo la muerte: el ódio es por sí mismo matador por inclinacion de aquel á quien aborrece: es una pasion que de su naturaleza tira á la destruccion de su objeto; por ocultos y disimulados que sean sus deseos, la muerte de

un enemigo le es siempre grata, y sin buscarla la desea. Esto es lo que hace decir á San Gerónimo, que cualquiera que aborrece á otro, no deja de ser homicida aunque no use ni de espada ni de veneno para darle la muerte. ¿Quereis conocer si amais verdaderamente á vuestros hermanos, prosigue el santo y si les teneis aquella caridad cristiana que nos está tan recomendada? Mirad si estais en disposicion de dar vuestra vida por su salvacion, como Jesucristo dió la suya por salvarnos.

Hijos queridos, concluye el apóstol, que conocia mejor que nadie la indispensable necesidad de esta virtud, nuestra caridad no se quede en palabras ni sobre la lengua, es menester que sea efectiva y verdadera. En el mundo muchas demostraciones de amistad, muchos cumplimientos, grandes ofrecimientos de servirse unos á otros, y entre todas estas simuladas protestaciones y hermosos afectos de compasion, de buenos deseos y aun de ternura, ¡qué poca caridad cristiana! Mucho de palabras officiosas y obligatorias, y en esto para todo. Cuando no se ama al prójimo sino de palabra, ¿se ama á Dios de todo corazon? El amor que Jesucristo nos muestra en el misterio de la Eucaristía, donde no nos dá solamente lo que tiene sino tambien todo cuanto es, y donde continuamente renueva el sacrificio de su vida, que hizo á su Padre por nosotros, es ciertamente un gran modelo, y al mismo tiempo un gran motivo de la caridad cristiana que nosotros debemos tener con nuestros prójimos.

El evangelio de la misa de este dia no conviene menos al gran misterio cuya fiesta se continúa. Contiene la parábola de los convidados que se excusan de venir al banquete, y cuyo puesto se llena por otros que no habian sido llamados al principio.

Comiendo Jesucristo un sábado en casa de uno de los principales fariseos, de una palabra que dijo uno de los convidados sobre la dicha de los que asistirían al banquete en el reino de Dios, tomó ocasion para proponerles la siguiente parábola. Figuraos, les dijo, un hombre que manda disponer una gran cena, é que convida muchas gentes. Llegada la hora envía

uno de sus domésticos á decir á los convidados que todo está pronto y que los está aguardando. Pero en lugar de darse prisa por su parte á asistir y á agradecerle á lo menos el favor que les hace, no recibe de ellos sino vanas y frívolas excusas. Uno dice que ha comprado una tierra, y que necesita ir á ver: otro, que ha comprado cinco pares de bueyes, y que los va á probar: otro dá por excusa, para no asistir, que se ha casado, y que no puede dejar sola este dia á su nueva esposa: todos, en fin, se excusan, y le envían á decir que no los aguarde. ¿Qué pensais hará el dueño cuando le cuenten lo que ha pasado? Muestra su sentimiento, y lastimado de semejante afrenta y de una ingratitud tan indigna, le dice al criado: anda al punto á las calles, á las plazas públicas de la ciudad y á los concursos, y traeme cuantos pobres, cuantos perláticos, cuantos ciegos y cojos encuentres. Ejecutóse sin detencion la orden: vióse entrar en la sala del convite una tropa de pobres, que saltaban de gozo por verse llamados á tan rica mesa. No obstante, aunque fueron muchos los que concurrieron, quedaban bastantes puestos sin ocupar; lo que advertido por el dueño, dijo al criado: ve al punto, sal á los caminos reales, y traeme cuantos encontrases, así paisanos como forasteros, para que no quede ningun puesto que no esté ocupado: ruégales que vengan, instales, y aun fuéralos de algun modo á que entren hasta que se llene mi casa; porque no quiero que haya puestos vacíos en mi mesa. Por lo que mira á los que me digné convidar primero á mi cena, se han hecho demasiado indignos de ella, y os digo que ninguno de ellos la probará.

Es evidente que esta parábola en el sentido literal mira á los judíos y á los gentiles, y tiene por blanco el mostrar la economía de la conducta amable y llena de misericordia del Salvador en el establecimiento de su iglesia. Los judíos fueron los primeros convidados á este banquete misterioso, que significa el reino de Dios que es la Iglesia. Eran, por decirlo así, los amigos del padre de familias; pero habiendo reusado los principales de la nacion á recibir la gracia del Evangelio,

se han excluido ellos mismos de la felicidad eterna. Solo algunos pobres pecadores, algunos publicanos, algunas mugeres; y algunos de lo infimo del pueblo aceptaron el convite que se habia hecho. Tales fueron los primeros discípulos de Jesucristo. De aquí viene que el Salvador da por uno de los caracteres de su venida en calidad de Salvador y de Mesías, que el Evangelio es anunciado á los pobres. Finalmente, no estando todavía llena la sala del convite por los judíos convertidos á la fé, envió Dios á todas partes predicadores para anunciar el Evangelio á los gentiles, y ponerlos en el camino de la salvacion. Los judíos se hallaban en la ciudad en que los habian juntado los patriarcas y profetas del antiguo testamento, y la ley que Dios les habia dado: estaban á la verdad en las calles, por las esquinas y plazas públicas: es decir, bastante descompuestos por la corrupcion de las costumbres, y por la inobservancia de los mandamientos de Dios, pero con todo, siempre estaban en la ciudad: es decir, en la única verdadera religion que habia entonces: eran siempre el pueblo privilegiado, y así, por un efecto de la predileccion del Señor, fueron los primeros convidados, y á quienes se predicó el Evangelio antes que fuese anunciado á los otros pueblos. Los sacerdotes, los fariseos, los doctores no quisieron encontrarse en el convite, y así fueron excluidos de él para siempre, habiendo sido introducidos en la sala no mas que un puñado de gente pobre de su nacion. ¡Qué de reflexiones no se pueden hacer sobre su infelicidad!

La escusa descortés de los judíos, por decirlo así, dió motivo á convidar á los gentiles. *A vosotros se debia anunciar primero la palabra de Dios, se dijo á los judíos: pero pues que la desechais, y os juzgais tambien indignos de la vida eterna, nos vamos á los gentiles. Oblígalos*, es decir, en el sentido literal, hazles una dulce violencia, no forzando su voluntad, pues Dios no quiere criados que solo le sirvan por fuerza y contra su voluntad, sino á fuerza de ruegos y de convites. En el sentido figurado, esta expresion denota la fuerza de la gracia, que no destruye jamas la libertad y la fuerza de la predicacion del

Evangelio que persuade. A este modo, los discípulos que iban á Emaus, obligaron al Salvador á quedarse en el lugar: *lo detuvieron como por fuerza*. A este modo Lot obligó á los tres ángeles á que viniesen á hospedarse en su casa. A este modo San Pablo quiere que su discípulo Timoteo predique el Evangelio. Predica, le dice, la palabra, insta oportuna é importunamente, reprende, ruega, amenaza, pero siempre con mucha suavidad y paciencia: enseña y convence el entendimiento para ganar de este modo el corazon. En el mismo sentido se debe entender esta oracion de la iglesia. Dignaos Señor, convertir nuestros endurecidos corazones con la fuerza de vuestra gracia. Se va á buscar á los forasteros á los caminos reales y á lo largo de las cercas. Los gentiles estaban fuera del recinto de la ciudad, andaban errantes por el camino ancho que conduce á la perdicion, y las cercas á cuyo abrigo se ponian, no los podian defender de las olas y de las tempestades. Tertuliano no les pedia á los paganos otra cosa, sino solo que se dignaran oír las verdades del Evangelio, persuadido á que por rebelde que fuese su voluntad, se veria obligada á rendirse á la fuerza de la verdad. Tal es la dulce violencia á que alude Jesucristo en estas palabras: *Compelle intrare*. Violencia y fuerza que jamas daña á la libertad.

El sentido moral de toda esta parábola es hacernos comprender que no es culpa del Señor el que nosotros no nos salvemos: el Señor ha hecho todos los gastos; á todos da su gracia; pero no todos cooperan á la gracia. La ambicion, el interes, el amor del deleite hacen inútiles bastantes convites é instancias. Dios llama, convida, solicita que se vengán á esta misteriosa cena; pero la mayor parte se escusan. La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida reinan con demasiado despotismo en el mundo para no poner á ello mil obstáculos. Se conoce la obligacion que se le tiene al Salvador; se es sensible á sus llamamientos, á sus convites; se quisiera asistir, pero los negocios del comercio, los embarazos y las circunstancias del tiempo, hacen despedir con desaire un convite que era todo ordenado para bien de los llamados á él.

La epístola es del capítulo III de la primera del apóstol San Juan.

Carísimos: No os admireis de que os aborrezca el mundo. Nosotros conocemos haber sido trasladados de la muerte á la vida, en que amamos á los hermanos. El que no los ama, queda en la muerte. Todo aquel que aborrece á su hermano, es un homicida. Y ya sabeis que en ningun homicida tiene su morada la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió el Señor su vida por nosotros; y así nosotros debemos darla por nuestros hermanos. Quien tiene bienes de este mundo, y viendo á su hermano en necesidad, cierra las entrañas para no compadecerse de él, ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios? Hijitos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras.

El evangelio es del capítulo XIV de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos esta parábola: Un hombre dispuso una gran cena, y convidó á mucha gente. A la hora de cenar, envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron todos, como de concierto, á excusarse. El primero le dijo: he comprado una granja, y necesito salir á verla; ruégote que me des por excusado. El segundo dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlas; dame, te ruego, por excusado. Otro dijo: acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto á su amo. Irritado entónces el padre de familias, dijo á su criado: sal luego á las plazas y barrios de la ciudad, y traeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Dijo despues el criado: señor, se ha hecho lo que mandaste, y aun sobra lugar. Respondióle el amo: sal á los caminos y cercados, é impele á los que halles á que vengan para que se llene mi casa; pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena.

MEDITACION.

Sobre el merecido castigo de los que rehusan recibir la sagrada Eucaristía.

Considera que en aquel hombre del Evangelio, que dió una gran cena y convidó á muchos, está representado Jesucristo, autor de esta parábola; y en los convidados, que se excusaron con frívolos pretextos de concurrir á la cena, se simbolizan los malos cristianos que huyen de la mesa sagrada del altar. A ellos se ha dirigido el convite, y sin duda serian soberanamente felices, si aceptándolo y yendo á él con las disposiciones convenientes, comieran el pan de vida que dá á las almas la inmortalidad. Pero ¡oh dolor! que estos hombres terrenos y apegados á los miserables bienes y ganancias del mundo no saben apreciar el sumo bien, ni los medios excelentísimos que á él deben conducirnos. Por eso prefieren cualquiera ocupacion ó interés de la tierra á la asistencia, á esta cena divina. ¡Desgraciados, que no ven el cúmulo de gracias y dones celestiales de que néciamente se privan, ni la sentencia terrible que fulmina contra ellos el desairado Padre de familias, asegurando que ninguno de aquellos que habian sido convidados, y rehusándose de ir, gustarian su cena! ¡Sentencia justísima y en extremo merecida por aquellos que en el hecho mismo de despedir el convite, se hacen positivamente indignos de gustarle jamas!

Considera que al Padre de familias no le falta, ni le puede faltar, medio de recompensarse del desaire que le hacen aquellos ingratos convidados: en los pobres, en los paralíticos, los ciegos y los cojos sabe hallar una compañía lucidísima á quien participar de las delicias de su mesa. Es verdad que estos hombres lisiados y llenos de defectos no son de suyo apropiado para un tan noble y espléndido convite; pero como el dueño de la mesa, por la misma vianda que en ella se sirve, sabe hacer de lo inmundo limpio, de lo defectuoso perfecto, de lo po-

bre rico, hace de lo indigno lo digno, purificando aquellas almas con las aguas saludables de la penitencia, y santificándolas con la comida del cordero sin mancha que fué sacrificado por la salud de los hombres y se les dá sacramentado para su alimento, virtud y fortaleza. ¡Oh providencia del Señor, digna de ser alabada eternamente, que levantas de la tierra al pobre y al humilde para hacerlo grande en el reino celestial, al mismo tiempo que arrojas de su asiento á los soberbios que desestimaron sus promesas y menospreciaron sus dones!

PETICION Y PROPOSITOS.

Dice el apóstol que Dios no puede ser burlado, y vemos en el evangelio de este día, que efectivamente los que despreciaron el convite fueron ellos mismos despreciados. Véamos, pues, por aquí cuánto nos interesa ver con sumo aprecio los beneficios de Dios y las gracias con que nos convida, especialmente la de la participacion de la sagrada Eucaristía, y aprovecharnos de ellas aprestándonos á recibirlas con las mejores disposiciones, y procurando mantener en nosotros el fruto de santificación que deben producir. Así sea, Dios mio, y lógrense en mí las miras benéficas de tu amable providencia.

JACULATORIA.

Depusiste á los soberbios de su asiento, y exaltaste á los humildes.

LECCION.

Concluye la materia de la precedente.

No es de menor peso, lector cristiano, la segunda razon que manifiesta el amor de Jesucristo en el sacramento del altar, conviene á saber: que Dios nos ha dado en este misterio los mayores dones. ¡Quién será capaz de referir los grandes be-

neficios que hemos recibido de las manos de Dios? Pues ninguno igual al tesoro inmenso del sacramento del altar: en él están reunidos todos los demás. Dios al encarnar se vistió de nuestra humilde y tosca naturaleza: en este sacramento toma una vestidura aun mas humilde: el fruto de una espiga y el sumo de una uva no tienen comparacion con la carne inmaculada que tomó en el seno de la mas pura de las vírgenes. ¡Nos llenamos de admiracion al considerar á un Dios inmenso encerrado en el estrecho claustro de una doncella? Pues mayor dignacion es verle depositarse todos los días en los pechos de innumerables hombres, y muchos de ellos llenos de pecados. ¿Puede haber mayor humildad que ocultarse Dios, por nuestro amor, en una custodia, y que permita ser encerrado en un estrecho tabernáculo? El entendimiento mas penetrante se aturde al considerar al Eterno humanado una vez por nuestra libertad; pero mas se confunde al ver á innumerables hombres en cierto modo divinizados con la participacion de este misterio. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así tambien el que me come, él mismo vivirá por mí. No hay duda que mayor liberalidad es darse innumerables veces que darse una sola: allá en el Calvario se sacrificó una sola vez por nuestra libertad; en el sacramento del altar repite el mismo sacrificio, aunque de un modo incruento, para llenarnos de su gracia y darnos una prenda segura de su gloria.

A vista de este prodigio del amor de Jesucristo, podemos afirmar que cada vez que se consagra su sagrado cuerpo y su divina sangre, se multiplican en cierto modo todos los misterios mas escondidos de nuestra sagrada religion, y nos dá en cada una vez cuanto nos dió en distintas ocasiones. No hay misterio que no esté delineado en el sacramento admirable: el mas alto que tiene el cristiano, el de la Trinidad augusta, se halla muy claramente descifrado. Consiste este misterio en tres personas: tienen una sola sustancia ó naturaleza divina: en el sacramento del altar hay tres sustancias distintas, alma, cuerpo y divinidad que están en una sola persona, que es la

del Verbo. El misterio de la encarnacion, en que la persona del Verbo Eterno se unió hipostáticamente á la naturaleza humana, dejándose ver el Dios de la eternidad hecho un hombre mortal, sin que nuestro entendimiento pueda comprender cómo la naturaleza finita y limitada fué capaz de unirse á la sustancia infinita é ilimitada; pues este prodigio fué aventajado en el sacramento admirable, cuanto va de uirse Dios á la naturaleza humana, á convertirse por medio de la transubstanciacion en el Dios-hombre una miga de pan y una gota de vino. Con sobrada razon podemos exclamar que este es el compendio de las maravillas del Señor. En el sacramento agosto ha dado todo el tesoro de sus inmensos dones, su alma, su cuerpo, su sangre, su corazon, su divinidad, en una palabra, cuanto constituye la bienaventuranza de los predestinados: ya no tiene mas que darnos: el cielo no es mas rico que la tierra: *Os he enriquecido con el pan de mi cuerpo y con el vino de mi sangre, dice Jesucristo, ¿qué mas os podré dar, habiéndome dado á mí mismo?*

¿Con que Jesucristo en el sacramento agosto del altar ha hecho las demostraciones mas grandes de su omnipotencia, y nos ha dado los mayores dones? Pues bien, no es menos cierto que en él ha padecido por nuestro amor, cuanto nadie es capaz de ponderar. Descubrámos ya nuestras ingratitudes y nos confirmaremos en la grandeza de su amor. Un censo perpetuo de desprecios, de desacatos, de sacrilegios, siendo el primero la noche misma que lo instituye, multitud de profanaciones y de cuantos crímenes mas horrendos ha sido capaz de forjar la malicia de los demonios, y la ingratitud de los hombres, es lo que de luego á luego se presenta á nuestros ojos; no vé nuestra imaginacion sino un lago especísimo de las inmundicias mas intolerables, horrible á la vista, insufrible al olfato, é incapaz de tocarse sin aficcion y sin peligro de contaminarse. ¡Santo Dios! ¿Si no hemos podido explicar lo que habeis hecho por nosotros, y lo que nos habeis dado, cómo podremos ponderar lo que habeis padecido? Pero, lector piadoso, ¿no es verdad que los dias destinados especialmente al culto de este sacramento, son en los que se multiplican las

ofensas al sacramento agosto del altar? Cuántos cristianos que en todo el año casi no entran á los templos, en tales dias van á insultarle? Conversaciones sacrílegas, miradas impúdicas, distracciones groseras, todo, todo manifiesta bien el poco ó ningun aprecio que se hace del amor inmeso del corazon de Jesus.

No es bastante el dejar desiertos sus tabernáculos en todo el año, el que los pecadores beban su sangre; el que los impíos destrocen su carne, y que no haya quien se acuerde que há mas de mil ochocientos años que encerrado en los sagrarios espera una visita de los cristianos distraidos. Faltaba aun que cuando su corazon divino se hace salir por las calles en busca de los corazones humanos, le recibiesen los bombres armados de toda clase de iniquidad para ofenderle. Esto es lo que recibe en recompensa de su amor, esto es lo que ha ganado haciendo cuanto pudo inventar su sabiduría infinita, y dándonos cuanto posee en sus tesoros. Con todo, apesar de semejante correspondencia, ha dicho y así lo practica: *que sus delicias son el estar con los hijos de los hombres.*



LA OCTAVA

DE LA

FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Hoy termina la fiesta continuada con que en estos ocho dias ha celebrado la Iglesia á Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía. En el dia principal de la fiesta, en la dominica siguiente y en este dia de la octava, ha querido la Iglesia que aparezca en público el Hijo de Dios manifestando, como en triunfo, su soberanía y magestad por las adoraciones y homenajes de toda clase de personas, para reconocer y hacer como ostentacion del excelente don que Jesucristo nos ha hecho de su sacratísimo cuerpo y su preciosa sangre.